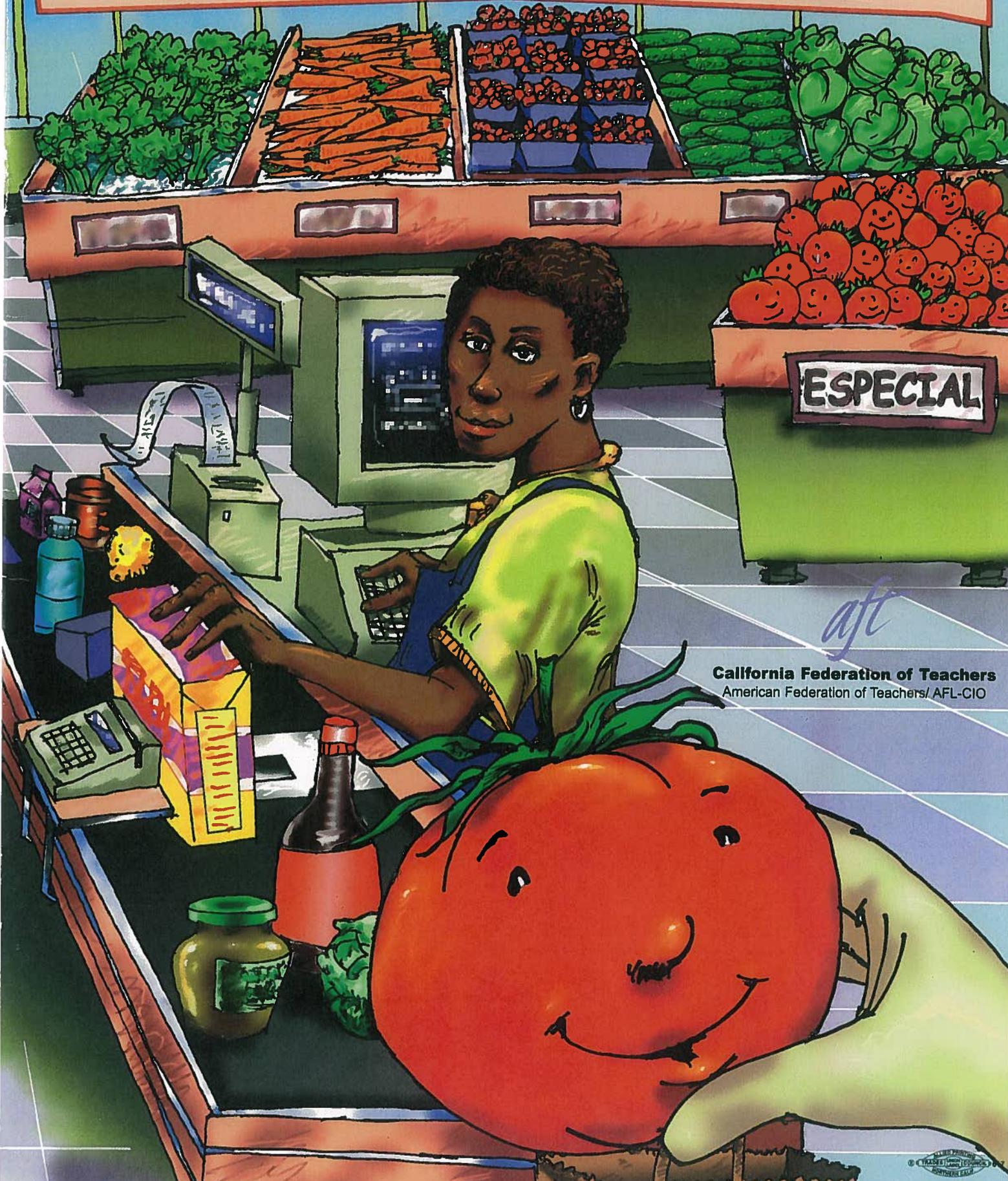


# La historia de un TOMATE



*aft*

**California Federation of Teachers**  
American Federation of Teachers/ AFL-CIO



# La historia de un Tomate

(I, Tomato)



Este libro está dedicado a los campesinos de América,  
por el trabajo de sus manos comemos.

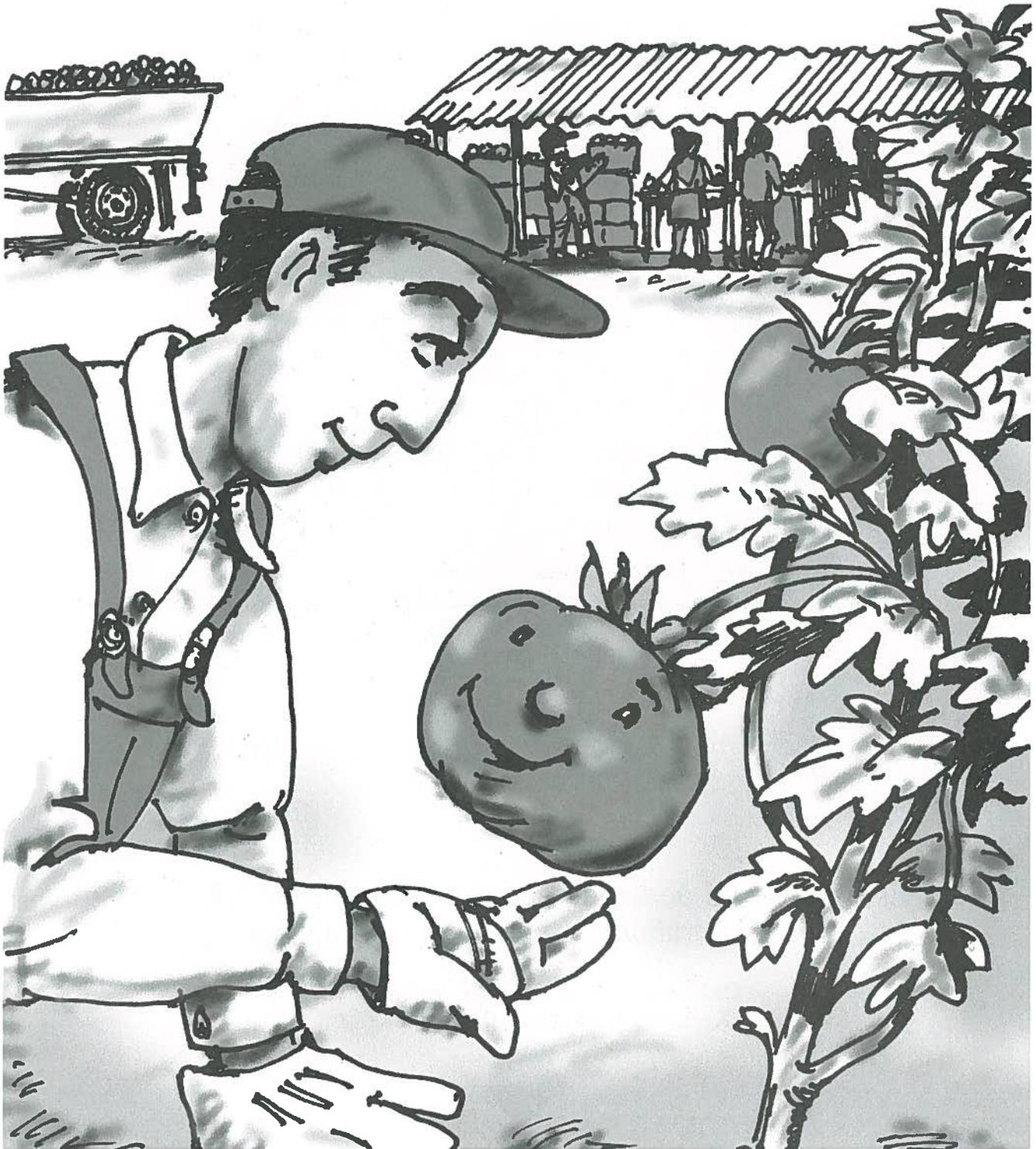
**California Federation of Teachers**  
American Federation of Teachers/AFL-CIO



La historia de un Tomate fue escrito por Bill Morgan, con la ayuda del Comité Escolar de La Federación Laboral de Maestros de California.  
Ilustración por Jos Sances, ©2001 California Federation of Teachers. Mayor información sobre currículo laboral escolar con el comité  
visite nuestra página de la red mundial: <[www.cft.org](http://www.cft.org)>.

# Has pensado en alguna ocasión, ¿de donde viene nuestra comida?

*(Todos saben que las plantas de tomate no pueden hablar, pero si pudieran, dirían algo así...)*



**L**ámame Tomate. Nací en algun lugar en el sur de california. Mi semilla fue plantada en un cuadro del jardín, y pasé mis primeritas semanas en una nursería, donde pudiera crecer protegido del clima. Nos mantuvieron calientitos y nos dieron agua y comida amplia. Brote de la tierra en algun momento durante el mes de febrero. No me acuerdo de la fecha exacta.

En el invernadero, habían muchos surcos de matitas de tomate como yo. Cada día llegaban mujeres y hombres que nos regaron, nos dieron de comer y nos cuidaron. Debo mi vida a estos campesinos nombrados Juana y Dolores y Rahib. Durante esas semanas, crecí alto y fuerte. Sentí el agua y la comida rica que corría dentro mi tallo y hasta mis ramas.

Entonces llegó EL DÍA. La noche anterior me había dormido como siempre, pero cuando me desperté, estaba sentada, entre mis hermanas, en la parte trasera de una camioneta, y ¡estuvimos AFUERA!

El sol brillaba tån fuerte que casi no lo aguantaba. La camioneta era ruidosa y el camino chocante. Eramos unas cuantas centenas de plantas, arregladas en cajones apilados uno en sima del otro. Me tocó la suerte de estar ensima, y alcanzaba ver el camino. Me imagino que fue terrible para los que quedaron al fondo en la obscuridad. Los hombres llamados Finoy y Carlos pararon el camión en un campo grande, y los campesinos llegaron por nosotros. La campesina que nos recogió se llamaba Connie.

Connie estaba vestida de mesclillas, una camisa de manga larga, y un pañuelo. Un sombrero de paja cubría la cabeza. Nos levanto de la caja, uno por uno, y formando un hoyo en la tierra con una palita, nos plantó. Cuando me tocó a mi, sentí sus manos calientitas cuando me metio al la tierra cuidadosamente. Pero de todas maneras, me sentí enfermo.

Mis ramitas se marchitaron, y sentí ganas de caerme. Temía que no podría sobrevivir afuera. Pero Connie había metido mis raíces en la profundidad de la tierra, y luego había apilado la tierra alrededor de mis piesitos. La tierra me sentía espesa y cálida. Un poco despues, una manguerita me tiraba gotitas de agua. Tenía sed y me tomé un buen trago.





**E**sa misma noche, me pasaron dos cosas nuevas. Al oscurecer, se puso más frío que nunca, jamás había sentido tanto frío. No podía descansar, de ninguna manera, no le hace de que lado me ponía. Añoraba mi nursería.

Fue una noche muy difícil para todos nosotros. Estuvimos en un lugar nuevo y desconocido. La tierra de aquí afuera tenía un sabor distinto de la tierra de la nursería. Nos dio nostalgia y frío.

Más tarde, sentí el vientecillo por primera vez. Llegó el aire y me dio una cachetada. No me lo creía. Entre más me torcía o volteaba la cabeza, más me pegaba en la cara. No descansé en toda la noche.

Al día siguiente estaba enferma, y así quedé por dos días más. Durante esa primera etapa difícil, lo que me sostenía y me daba esperanza fue una "plantahistoria." ¿Como no? ¡Una "plantahistoria"! Una vez en la nursería, había escuchado un campesino contar la historia del tomate a un grupo de niños. Ahora me acordé del cuento, y me dio fuerzas.

"Los tomates no se dejan" lo oí decir. "Somos plantas fuertes y orgullosas. Hacen más de mil docientos años, el tomate crecía y alimentaba al azteca y al maya de mesoamérica. Los europeos regresaron a España con el tomate durante el siglo catorce durante una etapa llamada "la conquista". Mucha gente creía que los tomates eran venenosos y nos tenían miedo. Pero habían otros que nos brindaron la bienvenida con los brazos abiertos.

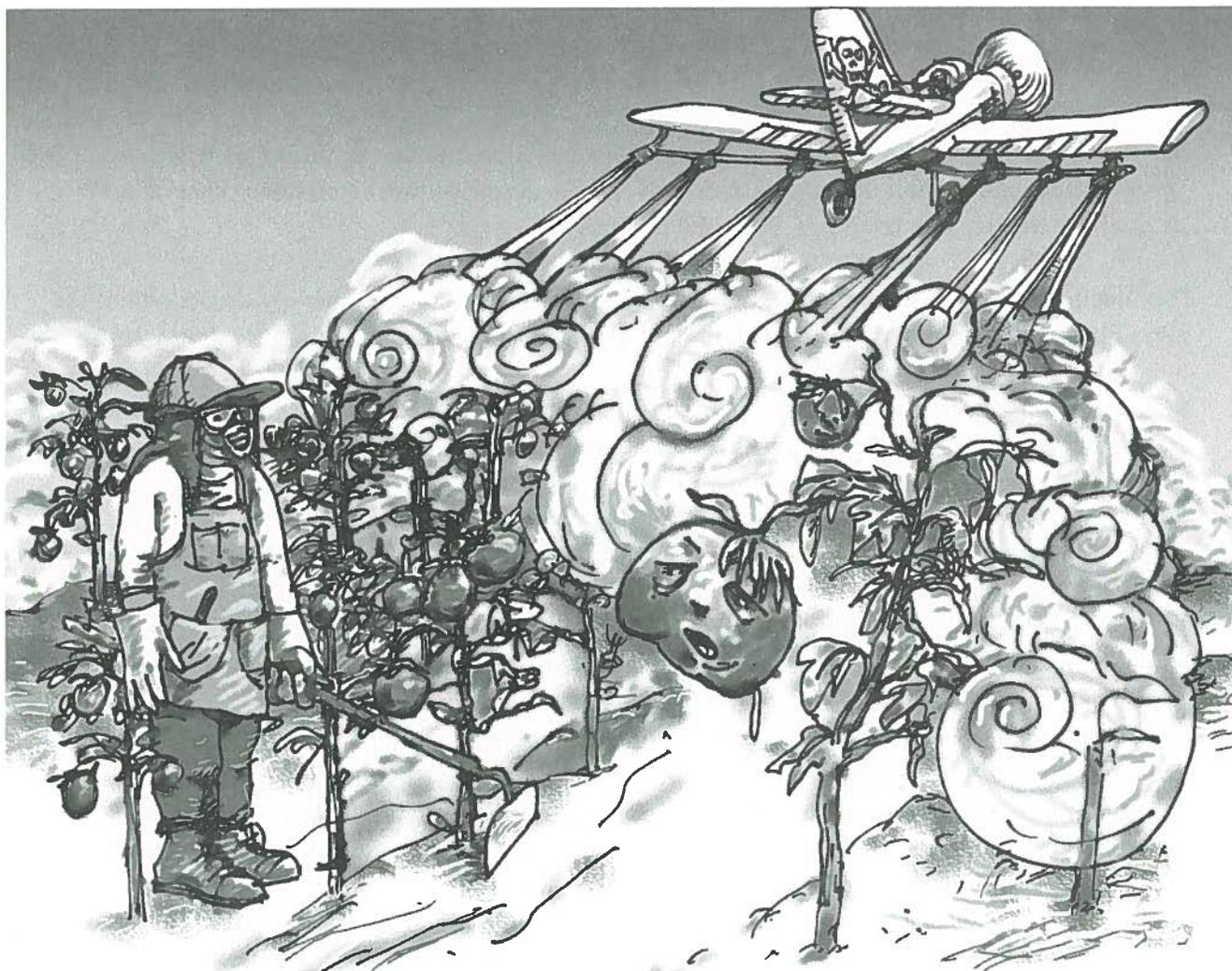
Al pensar en todo eso, me sentí mejor, y entre más pensaba, menos me preocupaba. Si todos mis antepasados sobrevivieron lo suyo, yo también lo podría hacer.

Al cuarto día, amanecí mucho mejor. La manguerita siguió goteando agua, y así siempre había bastante para tomar. Aunque no me gustaba la comida de fertilizante que nos dieron, me dio energía y empecé a estirarme y crecer de nuevo.

Cada día venía otra señora que se llamaba Lupe, para quitarme las malas hierbas que crecían cerquita de mí, y para asegurar que estaba bien. Y como hacía mucho polvo ahí, ella siempre usaba un pañuelo y unos guantes. Hacía mucho calor, pero no tanto como haría más tarde. Esos días fueron mis principios.

De vez en cuando llegaba el señor Marcos, para revisar la manguera. Lupe venía a veces también. Pero durante la mayor parte del tiempo, estuvimos solitos, curco tras curco de matas de jitomate, creciendo en el sol.

Con el pasar del tiempo ese verano, nuestras ramas se nos pusieron muy pesadas, hasta que llegó Lupe a sostenernos con palitos para no caer al suelo. Parece que pasaron unos cuantos meses y mis ramas brotaron los primeros retoños. Podía sentir el pulso de vida salir de la tierra y fluir por todo mi ser. Sentí tanta vida que brotaba de mis ramas y formaba botoncitos de florecitas amarillas.



Esto fue divertido, porque las abejas empezaban a visitarme, tomado el jugo de las flores. El polvito del polen pegaba a sus patitas y lo llevaron de planta en planta, del macho a la hembra, como yo. Este polvo lo hizo posible que brotaran los tomates. Al principio, eran pequeños y verdes, como chicharitos.

Tengo que contarte lo malo, también. ¡Los insectos! Estos bichitos blanquitos llegaron un día para atacarme. Empezaron por comerme las ramas y quitarme el agua. El señor Marcos llegó con un rocío y me lo avento a la cara. ¡Que polvo más horrible! Me pegó y me enfermó.

De todas maneras, debido a eso, los insectos no regresaron. Pero he escuchado decir que hay lugares donde avientan una nube de veneno de una máquina volante. Avientan el veneno a cada rato, en cima de los trabajadores y las plantas como nosotros. Por supuesto mata los insectos, pero envenena a todos los demás: la gente, el agua y la tierra. A mi me toco la suerte que a los insectos no les gusta el sabor de mi clase de tomate.

Cuando llegó el verano, los tomates rojos y grandes me pesaban tanto que mis ramas ya no los aguantaban. Los acostaba sobre la tierra o dejaba que colgaran mientras me detenía en un palo metido profundamente en la tierra. Lo mismo estaba sucediendo a mis compañeros. El campo se estaba llenando de mucha vida creciente.

**E**ntonces vinieron los campesinos para quitarme los jitomates, y me sentí aliviada de su peso. Los metieron a las cubetas, mientras miraba que otros trabajadores llegaron con cubetas vacías y salieron con las cubetas llenas. En medio de nuestra area del campo, había una mesa grande y la gente trabajaba metiendo los tomates a cajas de madera y luego amontonándolos en los camiones. Tiraron los tomates enfermitos a un bote de basura de un lado. Yo esperaba que mis tomates no se encontraban entre ellos.

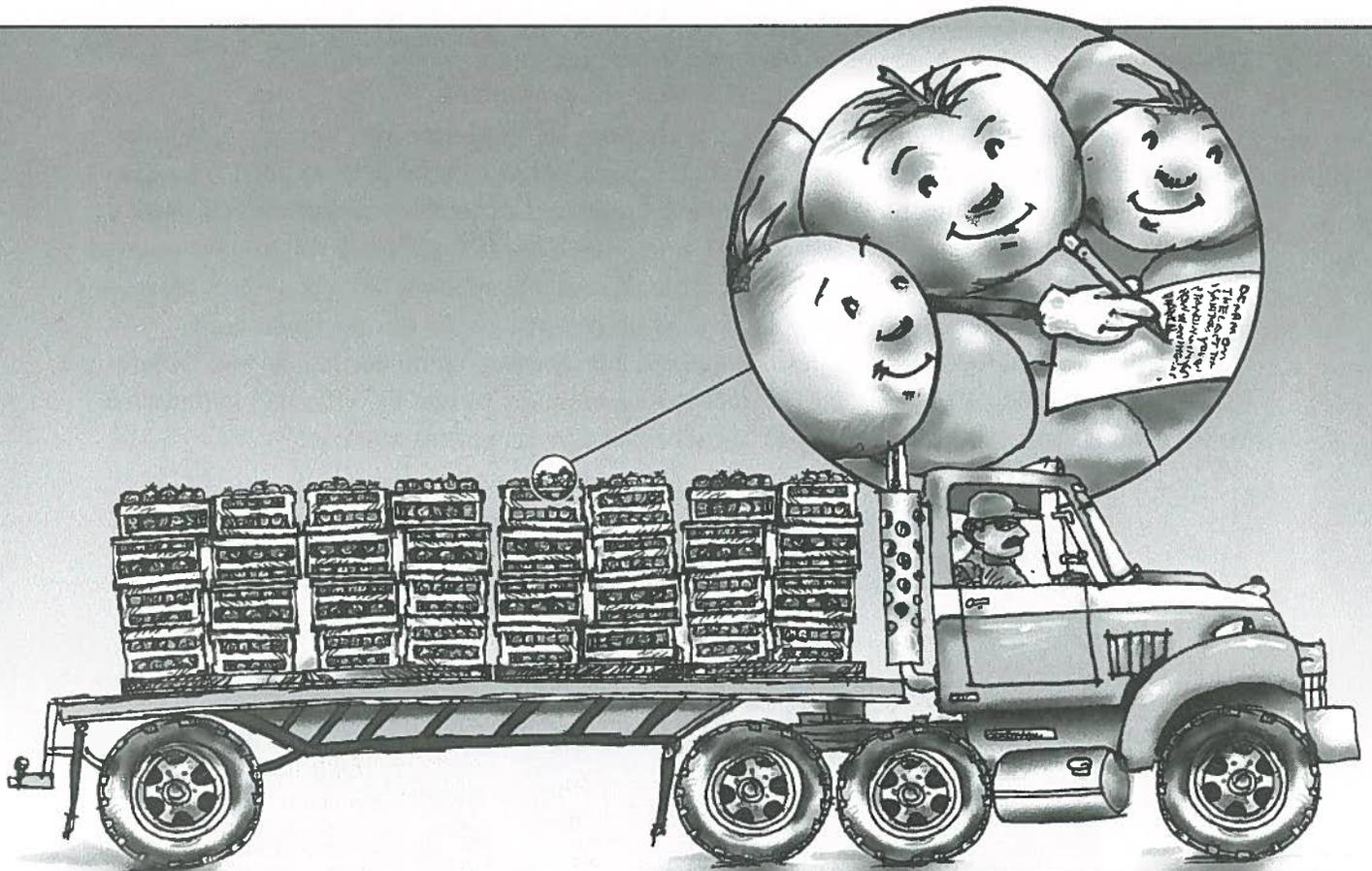
Las cajas estaban cargados en el camion que se llenó al atardecer. Un chofer de bigote grande, llamado Jose Manuel, los fue llevando al camino. Durante toda la noche pudimos oír el ruido y mirar las luces de los camiones en la carretera al lado del fil. No sé a donde van, pero me imagino que tú sí sabes. A uno de mis tomates le pedí que me dejara saber.

Recientemente he pensado mucho en esto, y pienso que lo he averiguado. Se trata de la vida. Los campesinos me han criado fuerte y saludable, para que la vida salga de la tierra y pasara por mí. Yo convertí esa misma vida en la fruta del tomate. Los tomates se van a algun lugar y gente como tú los come, pero los tomates no se mueren. Después que los laven y los comen, se integran al cuerpo para hacerte fuerte y saludable. Y si comes muchos tomates y otros alimentos buenos, tu cuerpo crecerá sano. La vida que salió de la tierra y pasó por mí vivirá en tí. Quisiera agradecer a todos los campesinos que me han ayudado en mi carrera: Juana, Dolores y Rajib; Finoy y Carlos, Connie, Lupe, Marcos y José Manuel, los que llevaron mis tomates a tí. Yo les debo las gracias por mi vida, y tú les debes las gracias por tus tomates.



# Una Carta

*No, los tomates no saben escribir. ¡Pero imagínate si pudieran! Este tomate le escribió a su madre, la mata del jitomate.*



Querida Madre:

La última vez que le ví, usted estaba parada en su surco, moviendo las ramas en la brisa de la noche. Fue muy dura nuestra separación, mirándole mientras me llevaron el camion, pero como usted me dijo al despedirse, ya fue hora de seguir con mi propia vida. Y me tocó la suerte de estar en una de las cajas de la orilla, apretado en un espacio pequeño, donde alcanzaba ver lo que pasaba. Mis primos me contaron lo demás.

Bueno, como ya sabe, nos amontonaron en nuestras cajas y nos amarraron al fondo del camión. Después de salir del campo por un camino lleno de topes, nuestro chofer (dicen que se llama José Manuel) dio vuelta en un bulevar que nos llevó a la carretera. Durante toda la noche, desde el puesto del sol, y luego bajo el respandor de las estrellas y la luna, viajábamos hacia el norte.

Jose paró una sola vez, para llenar su camion con gasolina y para comer su cena, pero después seguimos en el camino. Me dí cuenta que no anduvimos solitos. por todos lados de nosotros, anduvieron otros camiones llenos de frutas y vegetales, en camino al norte. El camion temblaba un poquito, y con el retumbo bajo y calmante del motor y con las estrellas brillantes arriba de nosotros, me dormí sin darme cuenta. ¿Cuántas horas pasaron? No tengo la menor idea.

Mamá, no me acuerdo que me despertó, pero creo que fueron las luces de la ciudad. Jamás he visto tanta luz, con la excepción del sol. En cada calle habían luces. Estoy tan acostumbrado a las noches tranquilas del campo, que las luces y el ruido me molestaron.

Cuando paró el camión, nos encontrábamos en un gran mercado abierto. La gente se movía como sombras. José Manuel nos quitó las fajas que nos amarraron y se quedó mirando mientras que otros trabajadores nos bajaron, caja por caja, y nos apilaron sobre la acera cerca de un gran almacén.

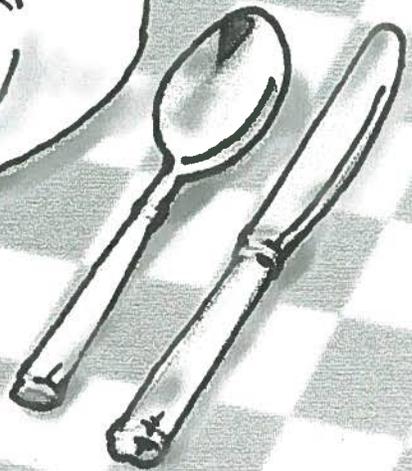
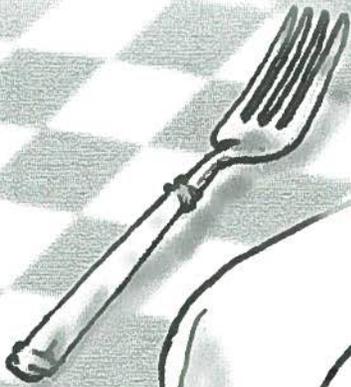


Hacía un poco de frío, y vi muchos de mis primos, apilados en cajas igual que yo, y después de esperar más, la gente empezaba a llegar en camionetas más chicas que el camión en que habíamos llegado. Hablaron. Llenaron papeles. Dieron y tomaron dinero. Una de las personas, una señora llamada Jo, tomó mi caja y varias otras. Nos puso en la parte trasera de su camioneta y después de un rato, se fue con nosotros.

Ya no me sentí cansado, 'amá. Me quedé acostado en la caja, pensando en donde nos iba a llevar. ¿Me dejarían a podrir? O ¿Seguiría mi vida dentro del cuerpo de alguien, ayudando a esa persona a crecer fuerte? Ya se iba la noche. Allá en el oriente se levantaba el sol. Jo nos llevo a una tienda. Nos manejó hacia el fondo. Jo y un hombre y su hijo nos bajaron a la acera en frente de la tienda. (Yo sé que era su hijo porque le dijo "m'ijo.") Fue el hijo que destapó las cajas y que nos levantó, uno por uno y nos miro con cuidado. Algunos estaban podridos y los botó en una lata grande. Con mucho cariño nos tomó uno por uno de la caja y nos limpió con una cosa brillante y luego nos colocó en filas en el mostrador. El hijo puso un letrero con números y letras sobre nosotros. De pronto, salió el sol y ya no tenía frío.

Y ahora me encuentro en ese lugar. Ya está más tarde en la mañana. La puerta de la tienda está abierta, y la gente está entrando. Algunos nos llegan y nos toman en la mano. A algunos tomates les meten a una bolsa y luego los ponen sobre una banda móvil. Una señora los pone en un estante blanco, lee algunos números, y los escribe por máquina en otra caja. Hace un ruido y sale un cajoncito. Luego se llevan los tomates a su casa.

Pues, esto es todo que tengo que de... ¡Oye, espérate! ¡Me están metiendo a la bolsa! ¡Me voy a la banda móvil! ¡Ya tengo que irme, mamá!



# Preguntas sobre *La Historia de Un Tomate*

1. Después de pisar el tomate, las plantas se mueren, y son arrancados. Pero ¿que piensa esta planta sobre su vida?
2. ¿Cuántos trabajadores ayudaron para que creciera la planta y a sus tomates, desde la plantación hasta la venta del tomate?
3. ¿Donde crecen los tomates que comes?; Cuáles otros tipos de comida crecen en la parte de California donde vives?
4. Haz un serie de caricaturas tratando de la vida de un tomate, desde el jardín donde crece hasta el mercado donde se vende.
5. Este tipo de historia se llama “autobiografía” – fue escrita por alguien que nos cuenta de su propia vida. Escribe tu propia autobiografía.
6. ¿Cuáles otras comidas son preparadas con los tomates?
7. Habla la planta de su “plantahistoria.” Piensa en tu historia. Puedes hablar con los papás, abuelos, o otros parientes. ¿De donde viene tu familia? ¿Cuando llegó a California? ¿Porque vinieron a California los miembros de tu familia?
8. Muchos campesinos son miembros de un sindicato, o unión. ¿Sabes que es un sindicato? ¿Si fueras tú un campesino, fueras miembro de un sindicato también? ¿Como puedes averiguar si las frutas y verduras que comes son los tomate criados y preparados por miembros de un sindicato?

